

gurar mi juego, di en una cosa, y fué que compré á una moza de un tejedor gran cantidad de tamo y motas de jerga, y no me costó muy caro, que por un pedazo de pan me lo dió la triste, que diz que en su casa rodaba tanto el pan que no lo podía alcanzar, si no era con las alas del corazón. De este tamo y motas llevaba con cada libra de hilaza un poquito, mostrándome tan fiel, que hasta el tamo y motas tornaba; y este punto fué el que me acreditó tanto, que por la fidelidad de las motas me llamaban en todos los obradores la marquesa de las Motas. Vine á tener opinion de tan buena y tan fiel y aprovechada hilandera, que en teniendo un cardador un paño regalado ó prisa de hacer algun surtimiento, me llevaban á casa la hilaza. Verdad es que nunca recibí hacienda que de esta suerte me trajesen, porque libras enviadas por mano de maeso y pesadas en mi ausencia venian pesadas muy á lo justo, y por eso no las queria yo recibir, porque no habia lugar de hacer mangas de lana. Lo que les decia era: Señor, torne esa lana á su casa, que yo no quiero hacienda sorda, sino delante de testigos, que acaecen muchas desgracias por recibir las mujeres laná en secreto, y debajo de los piés se salen á una mujer embarazos. Tornábanla, y despues iba yo á ventura de que los oficiales y mi ventura y mis diligencias me valiesen. Con este tratillo muerto vine á revivir y juntar muy buenos reales, con que hice mis negocios pasando como marquesa; y de lo restante compré una borrica, que me costó veinte ducados, que las borricas de aquella tierra andan muy subidas. Esta di á comision á un aguador por un real y de comer cada día; y él sacó en condicion que las fiestas gozase de los alquileres de trajinar dueñas honradas, y corriásele el oficio, porque habia entonces en aquel pueblo unas doncellas amovibles y algunas viudas de oropel y cierta camarada de mujeres, que parecian de casta de nabos, que para no se esturar es necesario revolverlos y menear la olla.

#### APROVECHAMIENTO.

En las hilanderas hay muchas marañas y embustes para hurtar lo que se les encarga, y deben restituirlo, por quien tanta cantidad de menudos vienen á defraudar notablemente.

#### CAPITULO III.

De la vieja morisca.

Cancion mayor.

¿Que no viera yo un barbero acaso,  
O siquiera un albéitar no se hallara,  
Que con ballestilla ó mano de mortero  
De la vena poética sangrara  
Un triste rozayervas del Parnaso?  
¿No basta media vez decir no quiero,  
Sino que á fuer de fuero  
Me pidas, musa mía,  
Que con mi talento  
Los hechos de una vieja en verso cante?  
Que doña Lucía,  
Si no una parca, una arpía en el alma y gesto;  
Vaya en prosa, que de verso sobra aquesto.

Así como los caudalosos rios se van ufanamente galardeando por junto á las márgenes de la tierra, sustentando un paso grave y entonado, usando de sus hinchadas olas como de brazos, para ir poniéndolos sobre las cabezas de las tiernas plantas, que á uno y otro lado le acompañan, llevando un ruido majestuoso y autorizado; pero en entrando en la corte de la mar, en presencia del emperador Neptuno, enmudecen y se esconden, sin dar mas muestras de autoridad que si se hubieran convertido en terrestre limo y polvo seco y menudo; así yo, la que entre estudiantes, galfarros, barberos, mesoneros, vigornios, pisaverdes, mostré mi entono, sin poder alguno medir conmigo lanzas iguales, reconociéndome todos superioridad, dando á la excelencia de mi ingenio título de grandioso, ahora que entré á competir con el mar de una morisca vieja, hechicera, experta, bisagüela de Celestina, me verás rendir mi entono y humillar mi no domada cerviz, sin mas ruido ni semejanza de quien fuí, que si nunca fuera.

Esta vieja, en cuya casa posaba, era advenediza, natural de Andújar. No dudo sino que me recibió de buena gana en su posada por parecerle que era yo algo á propósito para enseñarme el arte; ca es muy propio de herejes y de brujos desear herederos de su profesion. Son como los bubosos, que quieren beber por todos los vasos porque hereden todos sus bubas. Ella era morisca inconquistada; y aun tengo por cierto que sabia mejor el *Alcoran* que el Padre nuestro; y viéraselo un niño, no solo en la lengua, pero en las obras, de las cuales diré algo, no para escandalizar el lector, sino para que fie poco de viejas ruines, que parecen rezaderas y ejemplares, y no relucen sino al candil del diablo, y para que te guardes de las tales. Yo creo en Dios; pero que ella creia en él, créalo otro. Cuando se persinaba no hacia cruces, sino tres mamonas en la cara, como quien espanta niños; y cuando llegaba al pecho hacia un garabato y dábale un golpecito con el dedo pulgar en el estómago: entiende por allá el *per signum*. Si la queria enmendar, respondia: No querer max persino, que no ser santiguadera. Preguntábala si sabia el Ave María. Respondia: Ben saber Almería é serra de Gata é todo. En las cuatro oraciones decia mas herejías que palabras, que por no hacer agravio á tan santas oraciones, no quiero conquistar la risa con trabucos de necedades y aun blasfemias. Preguntábala por qué no se habia casado ni queria casar. Respondia: No haber marido bueno, si no ser morisco. No sé en qué lo podía fundar, sino en que temia casarse con quien la hiciese ser cristiana. No niego que pueda haber y haya muchos moriscos buenos cristianos; mas cosa notable es que los mas no quieren casarse con cristianos viejos. ¿Quién duda, si no, que dan sospecha, de que quiero callar por no me acordar del cuento del que castigaron, y yo conocí que antes que bautizase un hijo ó él hiciese alguna apariencia de cristiano, decia: Perdonar, Mahoma, que no poder mas, so pena de caraña? En lo que toca á ir esta mujer á misa, era hablar en cosas excusadas. Una sola vez la vi ir á misa; y mientras estaban alzando se echó de hino-

jos sobre la tierra, y todo el mas resto de la misa estuvo tosiendo, con ser la mujer mas enjuta y avellanada que en mi vida vi; y tanto, que jamás, sino entonces, la visitoser. Maldita sea persona que de cuantas veces Dios nos visita con sus bienes no va á visitar á Dios en su casa; pero si yo se lo decia cumplia con trompóselas; veis aquí un clavo para la herradura. Y ahora me acuerdo que un día tratando ella y yo de la obligacion que todos teníamos á la iglesia y á los señores curas, que son nuestros pastores: Sí, hija, que el primer medio real que yo gano cada año lo guardo para el cura. Yo que pensé que tenia devocion de dar aquel medio real al cura para aceite de la lámpara ó para la fábrica de la iglesia ó por otra cualque devocion; y no era, sino que ella pensaba que todo el toque de la confesion y de los misterios de la iglesia consistia en pagar el medio real, y que con eso se acaban cuentos; nunca vi tal vieja. De la gente en procesion se espantaba y huía; y cuando habia truenos, se salia á la calle. Si pasaba el sacramento, luego tenia en qué entender en algun retrete; y si habia un ahorcado, se descervigaba por mirarle, y hasta perderle de vista le hacia ventana, que era pura para dama de ahorcados. El día que los habia era el día de sus placeres; y con ser coja, todos aquellos tres dias siguientes no cojeaba, antes con gran prisa salia todas aquellas tres noches de casa; lo cierto era que no iba á rezar por ellos, sino que la primer noche traía á los dientes que podia, la segunda de la sogá, y la tercera hacia conjuros al pié de la horca. ¡Qué demonio! Dábala osadía el diablo, que es el maeso de estas obras. Era cosa particular el agua que gastaba en lavatorios y cocimientos. Malditas sean personas que tan sin gusto ni honra ni provecho se dejan engañar del diablo. Siempre yo entendí de ella que era bruja, y no me engañaba, porque ella hacia unos unguentos y unos ensalmos, que no era posible ser otra cosa.

Si no me tuviera Dios de su mano, yo hubiera caído en tentacion de regalarla, que pues sabia tanto de nigromancia, me resucitase á mi padre, segun y de la manera que la hechicera de Saul le resucitó á Samuel, ó al diablo por él; y á fe que si á mi padre resucitara, le habia de preguntar que quién libraba peor en el infierno, porque me han dicho que los que mas carena llevan son los malos escribanos, y otros que los letrados injustos, y otros hablan diversamente; pardiez, yo sospeché que me dijera que ni unos ni otros, sino los confesores absolvedores de estos, pues sin celo de gusto ni intereses los absuelven como ignorantes. Mas no quiera Dios que yo pidiera que á mi ruego se pusiese en cerco al diablo, que es gran pecado, porque en buen romance es tener el diablo por amigo y con merchan. Ella bien me quisiera enseñar el oficio por pegarme la sarna, y aun si yo quisiera aprovecharme de cosas que ella me decia, bien supiera yo en una noche coger sangre para hacer morcillas; pero no quise, lo principal por temor de Dios, y lo segundo, porque siempre fui enemiga de oficios que se hacen medio durmiendo como este de la brujería; en el cual por la mayor parte,

como yo via, las brujas se quedan amodorradas de sueño, y lo que en sueños hacen les persuade el diablo que es de veras, con unos enredos, que si los hubiera de contar como ella me los refirió, nunca acabara. Bueno es saber de todo, no para usarlo ni aun para saberlo, sino porque ya que se sabe, sirva de defenderse una persona de bellacas brujas sanguijuelas, que así llamaron los antiguos á las lamias, brujas y megas. Y advierto que es cosa de risa pensar que es cosa de importancia ruda ni salvia ni otras de estas cosas solo naturales, pues no pueden impedir que el demonio chupe la sangre y se la dé á las brujas. Lo que es de mas importancia es sobre todo rezar; lo segundo traer el Evangelio de san Juan escrito; y lo tercero, bendiciones santas, y así decia esta bruja: ¡Ay, hija! las matronas, que así llamaba á las brujas, las matronas no temen ruda ni salvia, poleo ni yerbabuena, sino conjuros de abad. Llamaba la vieja conjuros de abad á las santas oraciones que nosotros reverenciamos. Con todo eso, por el bien que me hacia, estaba con ella en paz, no siendo jamás fautora de sus ensayos, no denuncié de ella, porque como ignorante, se me escapó la obligacion que yo tenia de decirlo á los señores inquisidores; y si la hice bien fué por la natural obligacion que tiene cada cual á querer bien á quien le hace bien. Estábamos como madre é hija; aunque me queria bien la diablo de la vieja, con todo eso, ni por amores que la decia ni servicios que la hacia, jamás pude conquistar la bolsa, porque cuando yo pensaba la cosa, ya ella iba dos leguas adelante. Eran sus mañas, enredos y ardidés tantos y tan disimulados, que me hizo caer en la cuenta de una cosa que lei; y dudaba sin atinar salida.

Lei que en el templo de Arcadia dibujaron al dios Júpiter de la estatura de un gran gigante, que tenia los piés sobre una tinaja vuelta boca abajo y hacía la parte de la tierra una vieja chica y fea. Significaban en esto que Dios tiene debajo de sus piés la luna del cielo y el terreno mundo; y el jeroglífico se concierta de esta suerte. Por la tinaja entendian la luna, porque esta preside al agua, significada por la tinaja, y por la vieja entendian el mundo, porque los engaños y embustes del mundo no pueden tener mejor imagen y dibujo que una vieja hechicera. Tambien entonces entendí un refran que dice: La águila enseña á vivir sin mengua; y creo quiere decir que como el águila, cuando se remozá, se despide de ser vieja, puédese decir que cuanto mas desecha la vejez, desecha menguas, que están avinculadas al estado de la senectud femenina, á lo menos cuanto á la significacion jeroglífica. Confieso que me acobardó tanto su ingenio, que ya aunque dejara el arca del dinero abierta, no me atreviera á hacerle de menos un comino, antes hiciera como el Draque, que cuando vió las puertas de la Coruña abiertas, huyó y temió, pensando que era ardid; pero ¿quién diablos se ha de atrever á una bruja, que es el diablo el reñidor de sus pendencias?

## APROVECHAMIENTO.

Mujeres viejas que son indevotas dan un indicio que son un abismo de mil miserias y hechicerías.

## CAPITULO IV.

De la heredera inserta.

*Octavas de arte mayor antigua.*

Cual suele la tierra con agua amasarse,  
Y como el rocío sin sentir descende,  
Como suele el aire por lo hendido entrarse,  
Y como á lo sordo el fuego se prende,  
Cual suelen las plantas en tierra entrase,  
Cual hiedra que en canto y en un muro prende,  
Y cual corderito que al pecho se pega,  
Y cual sanguijuela que la sangre allega,  
Cual suele la planta por la sutil hiedra  
Juntarse con otra á quien se semeja,  
De la misma suerte, y sin que se entienda,  
Justina, hecha nieta de la muerta vieja,  
Se pega á la sangre, pecunia y hacienda,  
Y sin tener gana á gritos se queja,  
En mañás y hacienda hereda á la muerta;  
Por eso se llama la heredera inserta.

Un mártir á la noche se levantó una gran tempestad de truenos, relámpagos, aires, lluvia y turbiones, que ponían grima. Yo encendí una vela bendita y puseme á rezar. La vieja fué á otro aposento, y pensé que se iba á acostar, porque ella no tenía nada de estos embarazos; como dormía con luz por defuera y miedo por dentro, no pude enristrar el sueño, ni aun pude acabar con mi fiel corazón que dejase de dar aldabadas á la puerta de mi imaginación, el cual por instantes las daba á las puertas de mi alma para que recordase y escuchárase lo que pasaba. Levantéme y vestíme y fui al aposento de la vieja, por salir de la inquietud que me atormentaba sin saber la causa. No hube bien entrado, cuando yo mi vieja papo arriba, como trucha amor-gada, que estaba muy en sana paz, dando la última bo-queada. Verdaderamente confieso que en verla muerta perdí algún tanto del miedo que tenía de los relámpagos y truenos, porque saqué por mi cuenta que, según ella había muerto y aun vivido sin rastro de arrepentimiento, sin duda los diablos hacían fiesta por la muerte de aquella su amiga, y que los relámpagos eran cohetes y los truenos atabales, á fin de festejar la entrada de la diablesa. Yo como vi que la vieja había dado en esta flaqueza y que tan sin ruido había hecho finiquito, comencé á ensanchar el corazón y mirar la casa con ojos señoriles. Y tras esto comencé á hacer libro nuevo y trazar una buena vida, tras una tan mala muerte, y presto tracé cuanto me convenía. Lo primero, yo la amortajé sin asco de mal olor, porque estaba la vieja avellanada y enjuta que era un contento, y porque no se le antojase hacer alguna travesura, la até piés y manos aosadas, y aun así como estaba temía que en cogiéndola el menor real me había de espantar, como el Cid al judihuelo que le tiró de la barba estando muerto; no lo digo por la semejanza que con el Cid tenía en lo bueno, sino por la que yo tenía con el judihuelo. Tras esto voy derecha á la cámara benedicta donde tenía la

pecunia, fui cargada de llaves, y probando una y otra, abrí un cofrecillo barreteado, y en él hallé, gloria es el decirlo, y regocijo el mentarlo, envueltos cincuenta doblones de á cuatro, con lo cual pude hacer doblar por ella, pues ella doblaba por mí. Como hacían poco volumen, metí parte de ellos en las zapatillas y entre soletas de las calzas, parte en la faja de grana que traía junto al cuerpo, y como algunos cayeron junto al corazón, y el oro es confortativo, tuve un ánimo invencible, tanto, que estuve sin comer ni beber hasta que eché la vieja de casa y la di eclesiástica sepultura, como si fuera cristiana. Púseme un luto muy de gobierno, para lo cual me vestí una saya negra de la misma vieja, y de unos griñones que tenía para vender corté asaz una toca de luto muy honrosa, que del pan de mi comadre nunca fui escasa. Bajé al portal; puse dos ó tres sillas de costillas en hilera, abroqué los tornos y arrimélos como quien arrastra banderas y volteá arcabuces y destiempla añafles y atambores en entierro de capitán general. Llamé al sacristán que me pusiese el cuerpo en un féretro, concerté á destajo todo el entierro y oficios, lo menos costoso que pude, diciéndole que mi abuela era pobre, y que la comodidad que me hiciese lo pagaría en oraciones; él me dijo: Por cierto, señora, cuando mas razón no hubiera que haber criado á usted su abuela con tanto recogimiento, que la primera vez que á usted la veo es esta, bastara á creer que era una santa y que debo hacer cortesía. Preguntóme que cómo no me via él en misa; yo le respondí que siempre me hacía mi abuela oír misa de alba, porque no me viese nadie y porque no tenía tanto. El respondió: Pobre y honesta. No le dije que había muerto sin sacramentos, sino que ella por su pié el día antes había confesado y comulgado, y aun dicho: Hija, ten cuenta conmigo, que mañana pienso ver á Dios. Entonces el sacristán comenzó á decir á voces: Profeta, profeta, y fué á besarle el pié. Yo le dejé besar, porque nunca fui amiga de desembotar á nadie. Llamé algunas vecinas, y todas decían que para ser una santa, no había tenido otra falta sino haber sido desconversable. No me dió poco gusto este con que, porque con él me persuadí que era fácil persuadirles lo que les era difícil de averiguar, conviene á saber, que yo era nieta de la difunta y traído solo para heredera. A las vecinas no les iba nada, y así me creyeron, de modo que me sobraaban testigos para probar cuanto quisiera.

Tuvo soplo la justicia de la repentina muerte de la morisca, y mandó á un alguacil viniese á hacer la diligencia y depósito, en el interin que parecía el heredero, según los derechos disponen. Entró el alguacil, pero yo no me turbé. Y de propósito no le quise decir cosa alguna del ser yo nieta de la difunta, sino al descuido y como cosa asentada entablé mi hecho. Y el modo fué que comencé á derramar unas lágrimas que enternecieran un Agamenon, cuantimas un alguacil, y con ellas en mi rostro, le dije: Mire, mi señor alguacil, mi desgracia, que se me murió esta bendita como

un pájaro, confesada de ayer, y como no han sabido mi mala suerte, no ha venido un ánima que me consuele hasta ahora que vinieron estas señoras, Dios las dé salud, y usted, á quien Dios prospere muchos años como yo deseo. ¡Ay, mi señora abuela! ¡Ay, abuela mía! lumbre de los mis ojos, y ¿qué haré yo sin vos? que me trujistes vos á vuestra casa para nuestro regalo, después de haberos Dios llevado todos vuestros hijos y nietos; y sola yo he quedado para cubrir los vuestros ojos. Mejor fuera que vos cubriéades los míos. Ay, señor alguacil, mucho debo á Dios, que ya que á esta pobre la llevó Dios todos sus hijos y nietos, quedó sola esta triste nieta suya para cubrir sus ojos; que era ella una santa, un alma de paloma. ¿No es verdad, señoras vecinas, que era mi abuela una bendita? Ellas respondieron todas juntas, y á voz de uno: Sí, por cierto. No llore, señora, que su abuela está gozando de Dios.

Como el alguacil oyó todo lo que dije con inocencia, y que como cosa asentada me trataba como única nieta y heredera suya, y que las vecinas decían lo mismo, no solo no me embarazó la hacienda, pero dijo: Pues ¿qué me traen engañado, supuesto que esta pobre doncella es la heredera? Yo entonces por asegurar mas el caso, me volví al alguacil y dijele: ¿Heredera yo, señor alguacil? Negra herencia de cuatro trapos. No me dé Dios salud si hay en mi casa un real en cuartos ni en plata con que enterrarla, si no vendo estos tornos y cachivaches; y decía verdad, que yo no tenía suyo real en plata ninguno, porque todo estaba en oro y no había plata ni cuartos. Con esto se compadeció de mí el alguacil tanto, que para darme limosna echó el altabaque y sacó treinta reales. Maldita la blanca él puso de su bolsa, sino la diligencia sola, pero harto fué para un alguacil. Una cosa juraré yo, y es que si él entendiera lo de la mortalla de la morisca, nunca él me creyera tan presto lo del abolorio; pero la poca esperanza avivó su fe, en especial que mis tretas y eficacia en el hablar dió la vida al negocio, y tanto mayor cuanto menor era mi miedo. Ca atento que la vieja era muerta, no tenía recelo alguno de que pudiese en el mundo haber quien me alcanzase en marañas. Con esto me entregué en el cuerpo, y aun en el alma, de la hacienda, y hice y deshice como quise en todo y por todo. Yo eché mi viejecita en la fuesa lo mas honrada y prestamente que yo pude, y á fe que me costó la hurla buenos cinco ducados; pero guarde Dios al alguacil y buenas gentes que lo socorrieron.

Casi estoy por decir que, aunque se ofrecieron algunas cosas de disgusto en este entierro, ninguna sentí tanto como el interrumpir la ganancia de las libretas, porque cree que cuando una codizuela va llevando rauda y corriente, da notable pena el ver que se perturba, y que para perturbarse no hay dinero fresco cada día; pero en fin, si duelos con pan son buenos, con dinero son rebuenos. Digo mi simplicidad, que para abonar mi atrevimiento y el meterme tan sin escrupulo en la herencia, no tuve para conmigo otra excusa sino solo el

parecerme que aquella bruja, después del cabron, me quería mas á mí que á nadie. Otra necedad. No la dije misas, por parecerme que no la podía hacer mayor pesar que ofrecerle en muerte lo que tanto aborreció en vida. Otra simpleza. Parecióme que si ella muriera con su lengua, mandara aquella hacienda á algun mal morisco, lo cual fuera como quien lleva armas á infieles; y por tanto me pareció á mí que era mejor ahorrar de estos inconvenientes á España, y meter en ella paz bien pagada y mejor merecida. Por esta causa me pareció en el pleito de propiedad y herencia sentenciar en mi favor en vista y revista, y me hice poseedora inquilina, como dicen los escribanos. Lo que hay de culpa, Dios lo perdone; lo que hay de donaire, el lector lo goce. ¿No encontrara yo otras ochenta mil viejas como esta cada día, para que tan sin contrapeso me hicieran bien? Aunque mal digo sin contrapeso. Uno tuve muy á mi despecho, y fué que antes del entierro y en el entierro y después del entierro me vi necesitada de echar algunos lagrimonatos mal maduros, que me daban gran fastidio; porque llorar una persona sin gana, cree que solo se puede hacer en dos casos: el primero, que sea mujer; y el segundo, cuando ve el interés al ojo; particularmente cree que forcejar á llorar á una mujer que le estaban retozando en el cuerpo cincuenta doblones de á cuatro, ya ves qué trabajo sería. Casi parece tan grande como la colisión del retozo de las dos hijas de Silva, que forcejaban en el vientre de su madre sobre cuál saldría primero. De verdad te digo que solo por haber vencido el torrente del alegría y forzado el alma á llorar en ocasión tan sin ocasión, merecí los doscientos ducados; porque te doy mi palabra que desde el día que mi padre me imprimió el jarro en las costillas, como viste arriba, hasta aquella presente hora mis ojos no se habían desayunado de llorar, si no fueron aquellos dos sorbitos que lloré y pucheritos que hice en la jornada de Pero Grullo, que aun cuando mis hermanos pusieron en mi cara la verdadera señal de sus cinco dedos, no lloré, que soy muy ojienjuta.

No soy yo moza de ojos cebollos, como otras que traen la canal en la manga y las lágrimas en el seno; y en queriendo llover, ponen la canal y arrojan de golpe lágrimas mas gordas que estiércol de pato. Allí eché de ver que el suelo de un pueblo hace mucha impresión en las condiciones y en el cuerpo, pues como Rioseco es, y se llama seco, me pegó la sequedad á mis ojos y cerebro; ó debo yo de ser sola la agraviada, pues otras le han hallado mas húmedo para sí que yo le hallé para mí. Era gusto oírme las simplezas de miña inocente y tierna que yo decía en la iglesia cuando como tórtola cuitada lloraba la muerte y ausencias de mi querida abuela; daba gritos, y eran tan recios como si estuviera de parto, y tan altos, que no sé cómo no me subieron al cielo estrellado y me convirtieron en estrellas hígadas y pluviales, como á las hermanas de Icaro, en la muerte y lloro de su loco hermano, que murió asado en el sol, cocido en el agua de las fervorosas lágrimas de sus hermanas. Debía de ser mejor hermano que los